LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. 15. 8 DE FEBRERO DE 1891 NUM. 15.

SUMARIO

El arte y el látigo, por A. Sanchez Perez. —**Carnavalada**, por M. del Palacio.—**Los reyes magos**, por J. Velilla.—**Lo que deben ser las escuelas de Artes y Oficios**, por Gabriel Gironi.—**Los metódicos**, por Juan Valero de Tornos.—**Un dia de regatas**, por Calixto Ballesteros. —**Desde el boulevard**, por Ricardo Blasco.—**Carta semanal de Lóndres**, por B. de Oya. — **Mosáico madrileño**, por M. Ossorio y Bernard.—**Libros nuevos.**

EL ARTE Y EL LÁTIGO

La letra con sangre entra, decian nuestros padres, ó si ustedes lo consideran más exacto, nuestros abuelos; porque, en realidad, el aforismo comienza á ser ya demasiado viejo; pues bien, esa afirmacion que viene á ser, *mutatismutandis*, una variante de aquel decir del vulgo: *Quien bien te quiera te hará llorar*, resulta ahora mantenida por un catedrático insigne, por un orador ilustre, por un eminente artista de la palabra, el cual se declara partidario de conseguir la prosperidad del arte á latigazos.

Y para que ustedes no crean que exagero ó que doy á las palabras del grande hombre alcance y significacion que ellas no tienen, allá van reproducidas textualmente, tales cuales se hallan en un bellísimo trabajo que lleva esta firma: *Emilio Castelar.*

El trabajo á que me refiero termina así: «Cosa verdaderamente demostrada: la dramática española perece como no se modifiquen los corrales de nuestras comedias. ¡Oh! si yo tuviera el ingenio ático de un *Clarin*, la maestría soberana de un Balart, la competencia indudable de un Picon, la gracia salpimentada de un *Indolente*, la historia de un Cañete, cogeria mi látigo y meteria todos los actores de primer órden dentro de un solo teatro.»

Eso; y á los demás que los partiera un rayo...

Antes de proseguir, no sé si debo, pero si sé que quiero exponer que he sido muy correligionario y muy amigo y muy admirador de Castelar; al presente no soy, y lo deploro de veras, ni amigo, ni correligionario suyo (y no por mi culpa dejé de serlo), pero sigo siendo su admirador, lo cual podrá no importarle á él, y podrá no importar á mis lectores, pero me importaba á mi decirlo y por eso lo he dicho.... y continúo.

El procedimiento discurrido por el gran orador de la democracia para evitar la muerte de nuestra dramática y obtener la prosperidad del arte me parece un poco demasiado violento y un mucho contraproducente. ¡Meter á todos nuestros actores de primer órden en un solo teatro, y, por contera, meterlos á latigazos! ¿Para qué? ¿Con qué derecho? Y sobre todo, ¿qué beneficios reportaria al arte escénico centralizacion semejante? «Cuando Dios dá, para todos da» suele decir el vulgo: dejemos á nuestros artistas de primer órden, sean pocos ó sean muchos, que hagan de su capa un sayo y que campen por sus respetos; que si, en efecto, valen, ellos se harán aplaudir dondequiera, y si no trabajarán ante el público de Madrid, trabajan ante el de Barcelona, que es tan buen apreciador del mérito como puede serlo el de la corte, si no lo es más; ó ante el de Valencia, ó ante el de Zaragoza, ó ante los de Sevilla ó la Coruña, dignos todos de conocer y de admirar á los grandes artistas, cuyo *monopolio* pretende usufructuar Madrid.

No, no estaban metidos ni á latigazos ni voluntariamente, en un solo teatro nuestros actores de primer órden, cuando el duque de Rivas y García Gutierrez, cuando Hartzenbuch y Gil de Zárate llevaban á la escena sus admirables creaciones; no lo estaban tampoco cuando Breton de los Herreros y Ventura de la Vega deleitaban á los espectadores con sus comedias inimitables. Y despues, ni cuando Narciso Serra hacia representar al gran Romea su *Don Tomás*, ni cuando Victorino Tamayo estrenaba la obra maestra de D. Manuel *Un drama nuevo*, ni cuando era laureado Ayala por su comedia *El tanto por ciento*, ni cuando Echegaray arrebataba á los espectadores en sus discutidos siempre por siempre admirados, dramas *O locura ó santidad*, *Mar sin orillas*, *El gran galeoto*, estaban reunidos en un solo teatro todos nuestros actores de primer órden, ni pensó nadie en reunirlos á latigazos.

Ya sé, ¿no he de saberlo? que no se trata de latigazos *auténticos*, sino de lo que, no muy cultamente, se nombra ahora en lenguaje familiar *palos* de la crítica; pero ni aun así admito que sea equitativo, ni fuese provechoso ejercer esa coaccion sobre los actores. Algunas, muy pocas veces, se ha conseguido eso de fundir en una sola dos buenas compañías; los resultados han sido siempre desastrosos para los artistas y para el arte.

Las obras no han alcanzado por eso mejor desempeño, ni éxitos más ruidosos; el arte no ha prosperado; la produccion ha disminuido y en muy contadas ocasiones ha disfrutado el público la satisfaccion, hasta cierto punto pueril, de ver en un mismo drama á los principales actores de la compañía. La competencia es siempre causa eficacísima de mejoramiento y esta ley general no padece escepcion cuando á cuestiones de arte se aplica. Cuando el malogrado Rafael Calvo trabajaba en el teatro del Circo y Antonio Vico en el Español, Emilio Mario en la Comedia y el inolvidable Manuel Catalina en la Alhambra, Madrid daba público para todos y para todos daban obras nuevas los autores dramáticos; si entonces se hubiese conseguido formar con aquellas cuatro compañías una compañía modelo, ni hubiera sido posible admirarlos y aplaudirlos á todos, ni habrian conseguido muchos autores ver representadas sus obras.

No son necesarias, me atrevo á decir más, no son convenientes para la ajustada y perfecta ejecucion de las obras dramáticas las compañías de eminencias del arte. Una comedia, un drama son generalmente cuadros en que se destaca, atrayendo sobre sí toda la atencion, una figura: la del protagonista; ya se nombre Hamlet ú Otello, Sylok ó Romeo, Segismundo ó Pedro Crespo, María Stuardo ó Juana de Arco; al lado de ese personage, tambien en primer término, pueden verse en alguna vez otra ú otras figuras, dos, tres, cuatro á lo más, siempre pocas en número; y en los términos posteriores, ó tal vez casi desvanecidas en el fondo se columbran otras que podrian ser consideradas como figuras episódicas ó simplemente decorativas. Que el papel del protagonista y los segundos papeles y terceros y hasta los de acompañamiento, fuesen desempeñados por *maestrazos* en el arte, no seria malo, no señor; pero á nada conduciria, ni eso proporcionaria más gloria al autor, ni contribuiria á que adelantase un solo paso el arte escénico, ni serviria para que el público dejase de contemplar embebecido, caso de que el actor lo hiciese debidamente, al que representara la figura principal, sobre la cual el autor que la ha producido hace que vayan á converger todos los rayos luminosos de la composicion.

Para una compañía de eminencias, sería necesario que el autor escribiese siempre en pié forzado, que es la peor manera de escribir, obras en que los protagonistas fuesen, no ya uno, ni dos, ni tres, sino media docena, por lo menos, y aun así es seguro que no habia de dar gusto ni á los actores, ni al público, ni á sí mismo; porque una de las condiciones indispensables para la creacion artística es justamente la libertad absoluta, completa, ilimitada... Y ya en las obras destinadas á la representacion escénica se halla esa libertad bastante mermada y maltrecha, para que pensemos en reducirla más aún con nuevas exigencias.

No es cosa antigua lo acaecido á D. José Echegaray en el teatro Español, cuando funcionaban allí reunidos, no todos los actores de primer órden, pero sí dos de ellos: Rafael Calvo y Antonio Vico. Hizo entonces representar su celebrada obra, *La muerte en los labios*, en la cual el ilustre dramaturgo habia concebido, y dibujado de mano maestra, sendos caracteres para Vico y para Calvo. Solamente así pudo el público ver á los dos artistas eminentes á un mismo tiempo en la escena; pues bien, ya porque el autor estuviese más feliz al pintar el un carácter que al pintar el otro, ya porque se adaptase mejor á las condiciones del artista el primero que el segundo, la verdad del caso es que en la representacion, Vico superó á Calvo; para el primero fueron las más y más ruidosas muestras de aprobacion. Esto (cuantos conocen la vida de bastidores lo comprenden, y aun sin necesidad de conocer esa vida, con solo conocer el corazon humano lo comprenderán) mortificó un poco al ilustre Rafael Calvo, y entonces Echegaray se creyó en el deber de desagraviar, si así puede decirse, á su buen amigo, escribiendo *El gran galeoto*, que habia de ser tambien estrenado por Calvo y Vico; pero entonces Antonio Vico no admitió el papel, en su concepto secundario, que el autor le habia destinado. La obra, no obstante, se hizo y gustó mucho; Rafael Calvo obtuvo uno de los más legítimos triunfos de su vida artística, y Echegaray una de las victorias más envidiables de su gloriosa carrera... y los grandes actores estaban ya desunidos y la compañía de Antonio Vico ya no continuaba fundida con la de Rafael Calvo.

Hay más todavía; por prosaica, y pobre, y mezquina que la cosa sea, no hay manera de separar, cuando juiciosamente se discurre, la cuestion del arte y la cuestion de los maravedises. Ya sabemos todos que aquello de que «nosolo de pan vive el hombre» es una verdad como un templo; pero todos sabemos tambien que lo otro de que «sin pan no vive el hombre» es una verdad como otro templo ó como el mismo templo de antes. «*Sine Cerere et Bacho, friget Venus*», dice el pedanton ridículo de Don Hermógenes, y tiene muchísima razon, como la tiene el que asegura que sin dinero no hay arte que viva y florezca, y que los artistas, por muy artistas que sean, necesitan comer, y beber, y vestir, ni más ni ménos, como cualquier hijo de vecino que no sea artista ni sepa del arte una palabra. «Los poetas, dice el insigne Breton de los Herreros, somos prójimos tambien». Por eso no hay, no puede haber empresa que pague á todos nuestros artistas de primer órden los sueldos que ellos ganan (y que necesitan ganar, dadas las exigencias del público de ahora), sin arruinarse; y por grande que sea el amor al arte que un empresario sienta, no es de de presumir, ni se debe esperar que por ese amor se arruine voluntariamente. Y no vale decir que se reducirla todo á elevar, cuanto fuese necesario, el precio de las localidades; porque tanto podrian subirlas que el público no las comprara. Ahora, si de lo que se trata es de que el gobierno se convierta en empresario, y pague bien á los artistas, y ponga baratos los asientos del teatro, dígase de una vez y hablaremos; porque esa solucion del problema artístico entra ya en otro órden de ideas, en el cual, por hoy al menos, no me conviene entrar.

A mí, lo declaro ingenuamente y, como dicen en mi tierra—no me queda otra,—eso de formar compañías de grandes actores, para que solamente uno ó dos, de entre ellos, trabaje cada noche, ó para que desempeñen papeles de simples racionistas cómicos de los que más valen en nuestra escena, me parece tan fuera de razon como me parecería fundar en Madrid una universidad modelo, donde esplicasen los hombres más sabios de España, y donde los mozos de limpieza hubieran de ser ex-gobernadores civiles y los bedeles ex-ministros de Gracia y Justicia, para mayor decoro y gloria mayor de la ciencia.

El actor, el buen actor, el gran artista, ¿lleva consigo algo que pueda elevar el espíritu de los pueblos y contribuir á su adelantamiento? Dejémosle entonces que reparta esos bienes entre muchos que no podrían obtenerlo viniendo á Madrid. ¿Nada hace, para nada sirve, en nada contribuye al progreso, al adelantamiento de su país? pues ¿á qué pensar en unirlos ni en separarlos? Procedan como gusten y obren como les convenga; ninguna razon hay para que de ellos se exija lo que de ninguna otra clase se exige.

Las tendencias predominantes ahora indican justamente otra direccion. Echegaray, el dramaturgo á quien Castelar tributa elogios que me parecen justos, ha estrenado últimamente obras en Barcelona y en Valladolid, y es para mí evidente que su ejemplo será imitado.

Nada de meter á todos los actores en un mismo teatro (y muchísimo menos á latigazos); al contrario, muy al contrario, que vayan y vengan con absoluta libertad; el público se encarga, y es el único que en justicia debe encargarse, de señalarles el camino más conveniente.

Y ese camino, desde ahora puede asegurarse, no será el de encerrarse en reducido espacio, para que solamente puedan admirar el talento y saborear la belleza, espectadores privilegiados.

A. SANCHEZ PEREZ.

CARNAVALADA

—Mascarita, te conozco!
Tú eres la que tiempo atrás
escuchaste mis requiebros
con el rubor en la faz:
la que una noche de luna,
sentada á orillas del mar
juró que fiel me seria
por toda una eternidad,
y á los tres ó cuatro meses
trocado en seda el percal,
ví en coche por el Retiro
sin permiso de mamá:
deja pues, la broma á un lado
porque á mí no me la dás.

—Mascarita, te conozco!
Tú eres aquel perillan
que iba á los toros conmigo
y á los bailes con mi frac.
Para quien no tuve nunca
cerrados bolsa ni hogar,
siendo sus penas las mias,
la suya mi voluntad.
Aquel que con cuantas quiso
trató de ponerme mal,
y hasta me robaba versos,
si eso se llama robar:
deja pues, la broma á un lado
porque á mí no me la dás.

—Mascarita, te conozco!
Tú eres la vieja mordaz
que enferma de soltería
pica como el alacran.
Fuiste hermosa cuando jóven,
pero ingrata y desleal
negaste al amor el culto
que diste á la vanidad.
Yo mismo busqué en tus aras
de la esperanza el altar,
y encontré la estátua hueca
rota y profanada ya:
deja pues, la broma á un lado
porque á mí no me la dás.

—Mascarita, te conozco!
Tú eres el monstruo voraz
engendrador del hastío,
mensajero del afan.
Ayer fanatismo, hoy duda,
mañana crímen quizá,
en todas partes penetras
y el odio contigo al par.
Envenenas la política,
corrompes la sociedad,
y hasta las almas enturbia
tu aliento seco y glacial:
deja pues, la broma á un lado
porque á mí no me la dás.

—Mascarita, te conozco:
Y te miro sin temblar,
tú eres lo que nadie evita;
y á nadie vedado está.
Entre las bromas del mundo
representas la verdad,
pero siempre enmascarada
y en perpétuo Carnaval:
con canas y con arrugas
broma me soliste dar,
y en este año ó en el otro
ya sé la que me darás.

MANUEL DEL PALACIO.

LOS REYES MAGOS

I

Dormido, en dorada cuna,
el hijo del potentado,
crédulo como inocente
sueña con los Reyes Magos.
—Con hachones y escaleras
los gallegos y asturianos,
por ser turba interesada,
ya salieron á esperarlos.
¡Qué horrible noche de enero!...
Brama el viento huracanado
y va cubriendo la nieve
las ciudades y los campos.

En lecho de blanda pluma
el niño duerme abrigado;
y en la roja chimenea,
que da calor á su cuarto,
crujen los torcidos troncos
de la encina y del castaño.
Padres, deudos, servidores,
vigilan por su descanso,
y el niño, sin despertarse,
se agita, y dice, soñando:

—¡Cómo estarán los caminos,
resbaladizos y blancos,
por donde vienen los reyes
desde sus reinos lejanos!
¡Si no vendrán!... ¡Si en las simas
se quedarán sepultados
los camellos, con sus cargas
de magníficos regalos!
¡Salve Dios á los viajeros!...
¿Qué me traerán este año?
Quizá preciosos juguetes
por las reinas fabricados,
vestidos de oro y de seda
que lucir en el palacio,
ó dulcísimos confites
con esencias perfumados...
¡Si no vendrán!... ¡Cómo tardan!...
Músicas, vivas... ¡Llegaron!
Ya por las calles resuena
el trote de sus caballos,
y despues de los jibosos
camellos el lento paso.
¡Pobres reyes!... Han venido,
por no faltar, tiritando,
y apenas si los semblantes
descubren fuera del manto.
De juguetes y confites
llenan cestos y zapatos,
que en ventanas y balcones
dejó el maternal cuidado.
Nada se escucha en la calle...
¡ya se fueron... ya pasaron!...—

Despierta el niño, del alba
viendo los primeros rayos:
cerradas están las puertas
y las campanas tocando.
Abre, sin temor al frio,
los cristales empañados;
de confites y juguetes
lleno el cesto rebosando,
y exclama, alegre:—¡Vinieron,
vinieron los Reyes Magos!

II

Tambien, dormido, en su cuna
de mimbres entrelazados,
el hijo del pobre sueña
con los monarcas asiáticos.
La madre, triste viuda,
rendida por el cansancio,
sobre la labor penosa
dormita, cabeceando.
—El padre, en funesto dia,
cayó de altísimo andamio:
pasó al hospital, y luego
lleváronle al campo-santo.—

Ni lumbre, ni pan, ni abrigo...
¡Qué miseria y desamparo!...
Bajo el peso de la nieve
se dobla y cruje el tejado,
y por las anchas rendijas
penetra el viento silbando
y mece la frágil cuna
cual la nave el Océano;
pero el niño se sonrie,
se agita, y dice, soñando:

—¡Qué noche tan espantosa!...
¡Y tardan los Reyes tanto...!
¿Si no vendrán?... ¿No vinieron,
por una estrella guiadas,
para adorar á otro niño,
nacido en rústico establo,
entre una mula y un buey
que le arrojaban sus vahos
para calentar su cuerpo
envuelto en humildes paños
El niño Jesús... le he visto,
tambien, desnudo y descalzo
como yo... y entre sayones
doliente y crucifidado...
Por él vinieron los Reyes...
¿Qué me traerán este año?
Quizá alimento sabroso
por las reinas preparado,
herramientas que me sirvan
mañana para el trabajo,
sedosas pieles, que abriguen
mi cuerpo, que está temblando,
vertidos para mi madre
y pan para mis hermanos.
¿Si no vendrán...? pero escucho
músicas, vivas... ¡Llegaron!
Los camellos se detienen
y relinchan los caballos:
sin duda estan repartiendo
los monarcas sus regalos...
otra vez de los corceles
suenan los ferrados cascos:
se va extinguiendo el ruido...
ya se alejan... ya pasaron...!—

Despierta el niño, del alba
viendo los primeros rayos:
cerradas estan las puertas
y las campanas tocando,
Con el júbilo en el pecho
y la sonrisa en los labios,
abre la estrecha ventana,
tiende la trémula mano,
y nada vé, nada encuentra
dentro del roto zapato...
¡Ah, si... dos copos de nieve
que el viento ha depositado...!
Y, por la pena vencido,
esclama, rompiendo en llanto:
«—¡Ay, para el niño del pobre
no vienen los Reyes Magos!»—

JOSE DE VELILLA.

LO QUE DEBEN SER LAS ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS

Desde hace muchos años eran conocidas entre nosotros algunas escuelas libres de dibujo, en las que numerosos artesanos aprendian el trazado gráfico de ciertos problemas de geometría, con sus aplicaciones á la delineacion y la copia de estampas ó yesos donde, en resúmen, se les enseñaba el dibujo en sus diversas acepciones: geométrico, lineal, natural y de adorno.

Los obreros que frecuentaban tales enseñanzas, pronto se distinguian entre sus compañeros por la mayor precision y mejor gusto con que realizaban sus trabajos; de modo que aquellas escuelas adquirian extraordinario crédito entre la clase artesana, hasta el estremo de que para ponderar el mérito de un buen maestro en tal ó cual oficio, se concluia por decir que *aprendió á dibujar*, justificando con esta suprema frase las condiciones del reputado maestro.

Despues, al correr de los tiempos aquellas academias primitivas han evolucionado, en cumplimiento de la ley eterna del progreso, constituyéndose las denominadas Escuelas de Artes y Oficios, donde se pretende ampliar el cuadro de asignaturas gráficas con otras orales, en el órden siguiente de preferencia: ante todo, y con muy buen acuerdo, se exige, como anteriormente, un curso preparatorio de aritmética y geometría, y despues se instituyen otros de física, química mecánica y construcciones con aplicacion á determinados oficios, y en cuanto al

Ministerio de Cultura

dibujo se ha llegado á todo su apogeo, según lo demuestran los notables trabajos que de este género exhiben en su exposicion anual las diez secciones de la Escuela Central de Artes y Oficios, donde se aprecian verdaderos prodigios en el arte del dibujo, realizados por modestos obreros.

Pero esto no satisface, sin duda alguna, á las nobles aspiraciones de los que desean más instruccion para las clases populares, y en todas partes se rivaliza con el fin de proporcionar á dichas clases enseñanzas especiales de distintas artes y oficios, para justificar, sin duda, el título con que son conocidas estas nuevas escuelas, supuesto que, si en ellas no se enseñan aquellas manifestaciones del trabajo, huelga el nombre con que se las denomina.

Y como la monomanía del estranjerismo ha invadido las conciencias españolas, para desgracia nuestra, todos, movidos por el plausible afan de educar á las clases trabajadoras, vuelven los ojos á cierta institucion que vive en París con el nombre de *Ecole Municipale Diderot*, sita en el *Boulevard de la Villette*, *núm. 60*, considerándola, entre otras, como el *desideratum* para sacar del ostracismo en que yace el aprendiz de nuestros talleres, donde se le ocupa más tiempo en recados, aseo del obrador y ejercicios corporales superiores á sus fuerzas, que en enseñarle el oficio de que se titula aprendiz. . . . . .

. . . . . .

Vana quimera en verdad, considerando que en aquella escuela modelo de aprendizage, sólo pueden asistir, en un París, 350 alumnos, y que en el mero hecho de exigírseles tres años seguidos de estudios con una asistencia diaria desde las siete y media de la mañana para los de primero y segundo año, y desde las siete menos cuarto para los del tercero, saliendo todos del establecimiento á las siete en punto de la tarde, dicho se está que no son tales aprendices los que concurren á semejante enseñanza, sino hijos de maestros ó de particulares bien acomodados, que desean ó necesitan conocer el trabajo de la madera y de los metales á que se reduce aquella enseñanza, que nunca servirá para el aprendiz en la verdadera acepcion de la palabra, el cual en España, como en todas partes, es el hijo del pobre, quien léjos de poder gravar á su familia con los dispendiosos gastos del estudiante, ha de ayudarla desde los primeros años de su adolescencia, siquiera sea con el corto jornal ganado en relacion á sus fuerzas y á su actividad, únicas prendas que puede ofrecer para conseguir la apetecida recompensa, que tanto precisa en el modesto hogar de las clases desvalidas.

Aquella institucion, como todas sus congéneres, tendrá su relativa importancia, que no discutimos en este momento, y es ciertamente digna del mayor aplauso; pero no sirve para nada en lo de educar poco ni mucho á la gran masa de aprendices que pululan en los talleres de todo el mundo.

El verdadero aprendiz, ó sea el jóven artesano hijo de una familia modesta, no debe olvidarse que al ganar un jornal, sea éste cual fuere, sólo dispone de la noche para instruirse, y todo lo que sea crear establecimientos docentes que le distraigan de su trabajo durante el dia ó que le priven siquiera de sus periódicas veladas, exigidas en momentos críticos de acumulacion de trabajo en su taller, jamás dará resultados, como no sea para instruir á otros estraños á la clase de aprendices, á quienes parece se trata solo de favorecer, pues éstos sólo disponen desde el anochecer hasta las nueve de la noche para asistir á tales enseñanzas; y cuando avanzando la primavera anochece tarde, de nada sirven los rigores de la disciplina para retener en el aula á semejantes alumnos, como así lo demuestra la esperiencia.

Hay más todavía: los sábados, dias en que se cobra el jornal de la semana, es preciso tolerar las numerosas faltas de asistencia á los verdaderos obreros, que en su mayor parte les es imposible acudir á la clase, á pesar de su buen deseo, cuando, como generalmente sucede, cobran demasiado tarde.

Por otra parte, estudiando la naturaleza de cada oficio y considerando el gasto que en materiales, herramientas, útiles, maquinaria y combustible se necesita para enseñarlos debidamente, las escuelas llamadas de aprendizaje resultan en extremo onerosas ante el presupuesto que una nacion puede dedicar á la instruccion pública y lo numeroso del personal necesitado de esta enseñanza práctica.

Así, pues, en dichas escuelas de Artes y Oficios es preciso disponer el plan de estudios de manera que las faltas involuntarias de los alumnos no perjudiquen á la enseñanza que ha de verificarse en las primeras horas de la noche y nada más, manteniéndolas con su carácter peculiar de academias libres de dibujo, con que prevalecieron desde hace muchos años.

Este sistema que vamos á proponer de *enseñar dibujando*, tiene otra inapreciable ventaja para el alumno verdaderamente obrero, á quien tan odiosas le son las clases orales como gratas las de dibujo en sus diversas acepciones, pues con dicho sistema se perseguirá el ideal de la pedagogia moderna de *enseñar deleitando*, como así en efecto sucede al apreciar el irresistible atractivo que para nuestras clases populares encierra el dibujo en general; y si alguna localidad, por su importancia ó su índole mercantil, se halla necesitada de jefes de taller y tenedores de libros, créense enhorabuena escuelas industriales y de comercio que disminuyan de las universidades esas falanges de jóvenes que aspiran, en escesivo número, á graduarse de doctores, para mal suyo y de la misma patria, como lo vienen demostrando desde hace mucho tiempo ilustrados escritores.

Por lo demás, he aquí el plan de enseñanza que proponemos para las Escuelas generales de Artes y Oficio sque deben establecerse en toda poblacion de carácter fabril ó que exceda de seis mil habítantes: ante todo precisa instruir al alumno obrero en el estudio de la aritmética, empresa por demás sencilla si se tiene en cuenta que una vez establecido el sistema métrico decimal de pesas y medidas creado para facilitar extraordinariamente los cálculos aritméticos, se puede adoptar un programa en que, despues de enseñarse las cuatro reglas de aquella ciencia elemental, por el conocimiento prévio del sistema de numeracion bien aprendido, todo se reduzca á resolver muchos ejemplos prácticos de los que la aritmética denomina de regla de tres, interés, compañía, descuento, aligacion, etcétera, que muchas gentes sin saber leer ni escribir resuelven á maravillas por los dedos, como suele decirse vulgarmente.

Para el estudio de esta ciencia elemental deben utilizarse las escepcionales disposiciones de nuestra raza, la más apta para verificar cálculos aritméticos mentalmente, como lo demuestran á diario hasta las mujeres del pueblo cuando se ven obligadas á resolverlos en su propio interés.

La elevacion á potencias y la extraccion de raices, con el auxilio esta de unas tablas apropósito, debe ser objeto de la enseñanza que proponemos, como asimismo conviene dar á conocer las fracciones ordinarias, su reduccion á decimales, los caractéres y combinacion de los números romanos y, por fin, algunas reglas de contabilidad y el medio práctico de llevar en un solo libro la cuenta corriente de cualquier pequeño taller de los que pueda montar en su dia un modesto artesano.

Esta asignatura debe estudiarse resolviendo ejemplos y repitiendo para cada uno de ellos todos los razonamientos á fin de que los alumnos que falten algunos dias no resulten perjudicados, toda vez que como hemos dicho anteriormente, aquellas faltas no son voluntarias, sino propias de la calidad de artesanos de tales alumnos. Estos llevarán cada uno su cuaderno con cuantos ejemplos y razonamientos exponga en el encerado el profesor.

La geometría y demás asignaturas que deban establecerse en estas escuelas generales, se estudiarán siempre gráficamente, como el medio más apropósito de enseñanza para la clase de discípulos que se trata de instruir.

Así, pues, dibujando geométricamente, es decir, con el auxilio de la regla y el compás, deberá enseñarse la geometría que necesita el artesano, propiamente dicho, para su trabajo del taller, haciéndole que ejecute con el mayor esmero y precision una série bien escogida de pliegos donde se hallen toda suerte de trazados, de problemas y representaciones de cuerpos geométricos con sus desarrollos y secciones, de modo que resulten bien comprendidos por el discípulo, conociéndolos por sus nombres propios y razonandolo todo debidamente antes de considerar aprobados estos pliegos por el profesor respectivo.

De este modo aprenderá el alumno la geometría descriptiva mas precisa para comprender bien lo que es la planta y alzada de un cuerpo ú objeto cualquiera, como asimismo y, bajo el concepto de aplicacion, estudiará siempre dibujando la agrimensura, el corte de piedras, el trazado de sombras y la perspectiva; la dificultad consiste únicamente en preparar la série de pliegos necesarios, de modo que formen por la distribucion y órden de las figuras un verdadero cuerpo de doctrina para cada una de estas enseñanzas, no permitiendo que los alumnos pasen de unos á otros pliegos, oblígándoles, por el contrario, á que los ejecuten correlativamente estudiándolos á conciencia, siquiera sean muy elementales los razonamientos que empleen y aun en ocasiones de carácter empírico.

De igual modo se estudiará el arte decorativo y hasta los oficios y artes industriales, es decir, empleando siempre el dibujo de máquinas, aparatos, órganos, útiles, herramientas, empalmes, uniones, ensambladuras, etc., etc., cuidando de disponer las séries de pliegos de manera que la enseñanza sea lo más completa posible, y obligando al alumno á estudiar en el texto de sus cuadernos, que deben publicarse, cuanto le importe saber para el mejor conocimiento de lo que ejecuta y todo lo relativo á la práctica del oficio ó profesion á que aplique sus estudios en estas escuelas.

Al efecto, los profesores de los centros de enseñanza que nos ocupan, no serán de aquellos que dominen primorosamente el materialismo del dibujo de esta ó la otra natutraleza, sino que, probados ingenieros en las lides del trabajo libre de su profesion, notables pintores, escultores, arquitectos y grabadores que por su practica y conocimientos en las aplicaciones de la ciencia y del arte á la industria, sepan dirigir á sus discípulos en algo más que en el trazado rutinario de los dibujos; por consiguiente, este profesorado habrá de constituirlo siempre, no sapientísimas personalidades mejor ó peor amparadas por esta ó la otra circunstancia burocrática ó académica, sino que han de ser, repetimos, además de hombres científicos, muy conocedores del taller y de las necesidades del trabajo, para que sean fructíferos los resultados de sus afanes por la enseñanza.

Ultimamente, las conferencias dominicales constituirán, sin duda alguna, el más preciado complemento de estos estudios, no para instruir al obrero en asuntos relativos á su trabajo material en dia que debe consagrarse al descanso, sino que agrupado el cuerpo obrero en ámplio local, se le inspiren ideas de concordia para con sus semejantes, debiendo elegirse á este fin temas apropósito, instructivos y que recreen y conmuevan siempre al auditorio, poniendo de relieve con frase sencilla y gráfica los positivos goces alcanzados por la virtud y las miserias que lleva consigo la práctica del vicio, enseñando á toda costa, ó sea abordando en ocasiones la cuestion social, que escitaria indudablemente la concurrencia á estas disertaciones, los únicos derroteros que conducen, en el período de civilizacion que alcanzamos, á la dicha posible en este valle de lágrimas, ó sea observando aquellos hermosos principios cristianos que por fortuna constituyen en estos últimos tiempos la moral universal de todos los pueblos cultos de la tierra.

GABRIEL GIRONI.

LOS METÓDICOS

No trato de describir una secta religiosa.

Voy, sencillamente, á ocuparme de los hombres de método, para lo cual presento á ustedes á D. Joaquin Ginesta, natural y vecino de Madrid, casado, con tres hijos, empleado en el Tribunal de Cuentas, y más generalmente conocido entre sus compañeros por J. G.

Con estas iniciales forma unos anagramas sobre el papel de tina *que gasta* (sic) en el negociado, que son el colmo de la harmonía. Una J de tinta negra y una G de violeta, de la que se usa para las anotaciones en los pliegos de reparos, metódicamente enlazadas, han producido tantas cifras, que, repito, nuestro héroe es universalmente conocido en el Tribunal por J. G.

En una série de albums formados por las cuartillas blancas de todas las cartas que ha recibido en su vida, artísticamente cosidas con hilo encarnado, despues de haber sido dobladas con gran regularidad dejando dos dedos de márgen, y préviamente agujereadas con un punzon para poder pasar el hilo *doble*, formando rectángulos que arrancan en la parte posterior de la primera cuartilla en un nudo encerado y terminan en una lazada caprichosa, tiene nuestro D. Joaquin, pegados con goma (tambien de la oficina) modelos de todos los anagramas que ha hecho en su vida, y de las cifras que para marcar pañuelos ha dibujado para su esposa y las de sus amigos.

Estos albums están numerados; tienen un registro y un índice, tan completo y metódico, que á su vez casi necesita de otro índice.

En los cristales del balcon de su cuarto tiene, perfectamente á nivel en en cada uno de los cuadros, cuatro calcomanias representando cuatro ángeles con cuatro trompetas, tan ordenadamente colocadas, que cada ángel hace *pendant* perfecto con su compañero.

A un hombre de estas condiciones no puede faltarle su correspondiente album de retratos; debajo de cada fotografía, de gallarda bartardilla española, hay un letrero que dice: «Este retrato es de don Fulano de Tal.»

Su mesa es un primor. El tintero de cristal, lleno hasta la mitad, marca con una decidida línea negra hasta donde debe llegar la tinta, y la parte superior, que ni por casualidad ha recibido un borron en la vida, reluce y brilla más que un diamante americano.

No gasta arenilla porque *ensucia*, y hasta cuando recibe cartas que traen polvos, los quita con el mango del raspador antes de leerla, y los sopla despues con singular desembarazo, cuidando de que ni una sola molécula caiga sobre la mesa.

Las plumas, siempre limpias, y despues de haberlas (segun dice J. G.) *oreado* en un frasco que con perdigones tiene para este objeto, las coloca en forma de aspa sobre una bandejilla que tiene á su derecha, en la que acompañan al punzon de que hablaba antes, un lápiz (Faber núm. 2), tan perfecta ó igualmente afilado, que más parece una lanceta á un corta plumas de cinco hojas, un saquillo de grasilla (indudablemente confeccion suya), de trapo fino, sin costura y cerrado por la boca con hilo, un cristal de raspar y un ovillo de hilo encarnado devanado en un náipe, formando una estrella de ocho puntas, en cuyo centro hay artísticamente clavadas dos relucientes agujas de ancho y prolongado ojo.

A su izquierda una máquina de hacer cigarrillos de papel sobre media *Correspondencia*, plegada en dos dobleces.

Varios legajos encima de la mesa, entre otros, uno cuidadosamente atado, con una cruz de balduque, sobre el que se lee, habiendo dividido las palabras por donde la cinta pasa, para que no se manche, «papeles inútiles.»

Escuso decir á ustedes que D. Joaquin tiene album de sellos y de cajas de fósforos.

Por cierto que para que estos no se le derramen en los bolsillos, toma la precaucion de cortar una badana fina de que rodea la caja para asegurarla dentro de la corredera de carton en que aquellas deben ajustar.

Por cuarenta céntimos toma café con leche (sorbe primero el plato), toma un refresco bajo el hipócrita pretesto de que le echen una *chorradita* de leche en el agua, con el *conque* de tomar *unas gotas*, se bebe una copa de ron y todavía se lleva tres terrones de azúcar á su casa.

En diez y seis años de tomar café ha reunido nueve arrobas.

Cada ocho dias, matemáticamente el lúnes, da al mozo un real de propina.

Oye misa todos los domingos y fiestas de guardar, á las siete en San Márcos, y es tan legendaria su puntualidad de llegar á la iglesia á las siete menos diez, que los monaguillos *despreciando* los relojes, solo tocan á misa de siete cuando asoma D. Joaquin.

En el Tribunal arreglan el reloj por su llegada.

Tiene por costumbre beber un vaso de agua á las tres de la tarde, y es tal su reputacion de puntualidad, que como las tres es la hora de la firma, es muy frecuente oir á los porteros que dicen en los negociados: «Señores, la firma, que ha pedido el agua don Joaquin.»

Hace veintiseis años, dia por dia, que sirve en el Tribunal, donde entró de meritorio. Jamás ha disfrutado una licencia.

Tiene perfectamente hecha su hoja de servicios, y el modelo de la instancia que su esposa ha de presentar cuando él se muera.

Nunca se ha ocupado mas que de su oficina.

No concibe que se pueda vivir mas que de un sueldo.

Los cesantes le parecen cadáveres.

Tiene D. Joaquin todos los rasgos característicos de los hombres de método.

Apenas amanece nublado, ya nuestro hombre se arma de paraguas y se calza el guardabarros.

Monda la naranjas con tal primor, que asombra. Saca la cáscara en dos mitades, formando cada una una estrella de diez puntas, *que ni con un compás.*

Almuerza y come siempre á la misma hora, y al minuto.

Entre comida nunca ha tomado más que el sol.

Cierto dia que, con motivo de haber sido ascendido un compañero, tomó en la oficina á las cuatro de la tarde un pastel de arroz y otro de crema, por poco si de la indigestion que le produjo *se le lleva Dios.* Tres dias estuvo en cama con principios de gástrica.

Es mañoso como pocos hombres y como todos los que son ordenados.

Sabe cortar un chaleco y poner una tapa de terciopelo á una levita.

Con cajas vacías de plumillas y una baraja vieja, ha hecho para su hijo menor un modelo chiquito del monte de Helicon, *de lo más propio que puede nadie figurarse.*

Nadie como él para untar con goma (sic) y echar despues polvos de escribir en el raspador de las fosforeras, cuando están gastadas por el uso.

Su rúbrica parece el plano de andamiaje de la catedral de Leon. Ni los notarios del siglo XV la hacian más complicada.

Para conservar el sombrero no tiene precio: llegar á su casa, quitarle el polvo con un pañuelo de seda encarnado, que á fuerza de uso parece entre sus manos un puñado de hojas de rosa seca, pasaba la punta de la toalla por el charol para enjugarle el sudor y la grasa, y colocarlo artísticamente, *de canto*, encima de la cómoda de manera, que sólo rocen con su superficie dos puntas del ángulo que forma la copa, y tres ó cuatro de una de las alas, es operacion que D. Joaquin lleva á cabo con singular destreza y asombrosa minuciosidad.

Claro es que D. Joaquin es de los que usan cómoda. ¡Y qué primor de cómoda! En el cajon de arriba, la ropa blanca, convenientemente perfumada, á beneficio de dos membrillos; en el de en medio, la de paño y lana, entre alcanfor y pimienta; y en el bajo, las botas y zapatos, entre los que descuellan unas babuchas, bordadas de abalorio, que hace quince años le regaló su hija, y unos chanclos de goma más relucientes que un cristal.

Encima de la cómoda, y sobre un hule, tiene D. Joaquin un espejo de mano, al lado de una barrenita, lo que demuestra que se afeita solo y que cuelga el espejo *contra la madera del balcon.*

Se afeita como todos los hombres de órden, hasta arrancarse las tiras del pellejo.

El mismo *vácia* sus navajas en una de esas piedras que un conocido industrial ambulante mete por los ojos á los parroquianos, con el conocido estribillo de «Buenas, señorito; pero buenas, pero buenas, pero buenas».

Tiene la coquetería de darse polvos de arroz, ligeramente teñidos de color de fresa.

Usa cuellos postizos, puños postizos y corbatas de cuatro posturas.

Usa medias, que siempre le hacen en casa. En verano de algodon. En invierno de estambre.

Todavia los dias de lluvia usa *botitos* con suela de corcho.

Se pone en noviembre una piel en el cuello y se la quita en mayo.

En primavera y en verano, que usa chaquet, se lo une por las solapas con un brochecito de acero bruñido.

Por supuesto, siempre lleva dos alfileres clavados debajo del cuello de su levita.

Tiene la capa colgada en un cuelga-idem de pino, pintado de verde. Para ponerse los botitos tiene ganchos de acero; para quitárselos, plancha de madera.

Gasta petaca de concha con iniciales, y siempre la lleva en el bolsillo, juntamente con un par de guantes que no se pone nunca.

Lleva en el dedo índice una sortija con un topacio, y tiene un camafeo para la corbata.

En su juventud usó aretes de oro.

Cuando tuvo su primera hija, los cedió á su vástago sin vacilar.

Usa antiparras, que limpia cuidadosamente con la punta del pañuelo con inusitada frecuencia, y cuando medita se las sube á la frente con el pulgar y el corazon de la mano derecha.

Tiene, pues, todos los caractéres más definidos y precisos del hombre de método.

Tiene 16.000 reales de sueldo y ha sabido ahorrar cinco duros al año mientras tuvo 4.000; diez durante los seis años que tuvo 6.000; veinticinco mientras tuvo 8.000 (cuatro años); cuarenta durante los ocho años que ha tenido 12.000, y cincuenta en los cuatro que lleva de 16.000; es decir, que dispone de 17.000 reales, que en su odio á los cesantes, tiene *empleados* en papel del Estado.

J. G. es un pródigo para conservar la ropa; de un *radglán* que se hizo en 1850, todavía llevó una levita el año pasado.

Del frac con que se casó se han hecho dos chaquetas para sus hijos, y porque están algo descoloridas, dice D. Joaquin: «Estos chicos no tienen órden; veintidos años me ha durado á mí el frac, y en dos años que sirve de chaquetas, ya blanquean.»

D. Joaquin es virtuoso.

Mientras no se rebajó el descuento, fumó la mitad, no tomó ensalada ni un solo dia, no plauchó jamás el sombrero, *estiró* más el calzado, de manera que continuó ahorrando lo mismo.

Su hija mayor se llama Petra; su segundo hijo, Pedro; el menor, Pedro tambien, y le llaman Perico.

Me olvidé decir á ustedes que su esposa se llamaba Petra.

La pobre doña Petra, á fuerza de órden, ha perdido toda idea de línea curva, es una mujer recta.

Petrilla, que ya tiene veintidos años, no ha tenido más novio que un profesor de dibujo lineal.

Tronaron porque un dia quedó en venir á las ocho y vino á las diez y media. «Un hombre así de informal no sirve para marido,» dijo D. Joaquin

La niña sigue *sin novio.*

Su padre no la entregaria con gusto más que á un reloj de pared. Y como los relojes no se casan, corre riesgo de quedarse soltera.

Pedro y Perico, hasta ahora hacen la vida del loro; es decir, se dedican esclusivamente á comer garbanzos.

J. G. lleva á Pedro á la oficina y sueña con hacerlo meritorio.

El niño muestra felices disposiciones.

A la misma hora todos los dias con la misma voz, les dice á sus hermanos cuando su padre no lo oye:

—¡Que fastidio!

Pero en medio de la instintiva nostalgia del desórden que siente la pobre criatura, se queja del mismo modo y á la misma hora.

Misterios del medio ambiente.

D. Joaquin, si la evolucion es una verdad y las costumbres crean naturaleza, será indudablemente el progénito de una raza que degenerará; los hombres *en péndulos* las hembras *en ruedas catalinas.*

JUAN VALERO DE TORNOJ

UN DIA DE REGATAS (1)

De las gentes la alegría
en los rostros se retrata
está explendoroso el dia
y semeja la bahía

(1) Esta composicion obtuvo primer premio en el certámen literario de Alicante.

2009 Ministerio de Cultura

bruñido espejo de plata.
Aire puro, sol ardiente,
la muchedumbre impaciente...
¡Que aspiran á la victoria
dos botes de buena historia,
uno *Audaz*, otro *Valiente!*
Gozan de prestigio cierto,
pues nunca á concurso abierto
en acudir fueron tardos;
¡son los botes más gallardos
de cuantos hay en el puerto!
Cien lanchas engalanadas
con alegres banderolas,
están en filas formadas,
cual paralelas trazadas
sobre el plano de las olas.
Y de esta fiesta en el mar
acrecienta los placeres
y atractivo singular,
la gentileza sin par
de hermosis mas mujeres.
Todo revela alegría,
pues llegó el ansiado dís
de celebrar la regata,
¡y semeja la bahia
bruñido espejo de plata!

***

Dá la señal el Jurado,
estalla aplauso nutrido...
¡Los botes han arrancado!
¿Cuál será el afortunado?
¿Quién vencedor? ¿Quién vencido?
Lleva cada embarcacion
cuatro remeros por banda
y el que gobierna el timon;
¡mas si poca fuerza manda
es mucha su decision!
Y el arrojo dá poder
bastante para obtener
la gloria en lides de mar...
¡nunca el primero en luchar
el postrero fué en vencer!
Bravos son los marineros
y por su entusiasta ardor
en regatas los primeros.
¡Gente bizarra! ¡La flor
de los mejores remeros!
A impulsos de su coraje
el pesado remo cruje;
no hay bote que los ataje;
ni á lijereza y empuje
nadie que los aventaje.
Avanzan rapidamente
dejando estela fugaz,
¡y allá en el muelle la gente
apuesta por el *Valiente*,
y apuesta por el *Audaz!*
Y anhelante, emocionada,
recorre con la mirada
la distancia comprendida
desde el punto de partida
hasta el punto de llegada.
Mientras tanto, ya ganosos
de alcanzar gloria completa,
los remeros valerosos
á sus brazos vigorosos
imprimen brios de atleta.
Bogan con fé, que empeñada
su honra tienen en el trance;
y es en la lucha trabada
cada esfuerzo, una palada;
cada palada, un avance.
¡Y allá en la lejana orilla
sordo rumor se percibe;
el sol refulgente brilla
y cada bote recibe
besos de espuma en la quilla!

***

La lucha es ruda y potente;
la competencia tenaz,
y enloquecida la gente
aquí exclama:—¡Hurra, *Valiente!*
allí grita:—¡Bravo, *Audaz!*
En los remeros el gozo
y el valor, con fuerte lazo
une el público alborozo.
Los hombres dicen:—¡Buen brazo!
y las mujeres:—¡Buen mozo!
Y una dama algo madura
que fué amiga de Espartero,
entusiasmada murmura:
—¡Vaya una musculatura
la que tiene aquel remero!
El júbilo se acrecienta,
voces y gritos se agrandan;
el público se impacienta...:
¡cuanto más los botes andan
más el regocijo aumenta!
Y mientras tanto, afanosos
de la victoria, á sus remos
los remeros vigorosos
imprimen brios supremos,
¡que están de vencer ansiosos!

***

Se acerca el álgido instante
en que la lucha tenaz
cesa... ¿Quién será el triunfante?
.....
¡El *Audaz* llega delante,
¡Victoria por el *Audaz*!
Suenan hurras, bravos suenan
y vivas y aclamaciones
que el sereno espacio atruenan;
y cuyos ecos resuenan
en todos los corazones.
Y en muelles y barquichuelos
y hasta en las vecinas lomas,
se agitan blancos pañuelos;
cual bandada de palomas
que se remonta á los cielos.
La regata ha terminado:
El *Audaz* es triunfador
en noble lid, y el Jurado
hace entrega al vencedor
del galardon anhelado.
Nadie discute la gloria,
ni una censura se escucha...
¡No es la victoria ilusoria,
que si brava fué la lucha
buena ha sido la victoria!
Y al Jurado saludando
y al aire sus gorras dando,
los remeros sátisfechos
sienten que se van llenando
de honrado orgullo sus pechos.
Y con la gloria aquistada
y de gozo el alma henchida
tornan en marcha pausada,
desde el punto de llegada
hasta el punto de partida.
El júbilo, sin cesar;
sin término el aplaudir...
¡ah, de esta fiesta en el mar
el aspecto singular
no se puede describir!
¡Que allá en la lejana orilla
sordo rumor se percibe;
el sol refulgente brilla
y el triunfante *Audaz* recibe
besos de espuma en la quilla!

CALIXTO BALLESTEROS.

CARTA SEMANAL DE LÓNDRES

Decia Boileau: *Le vrai peut quelque fois n'être pas vraissemblable*: y en efecto, hay cosas que no por haber sucedido dejan de ser inverosímiles.

Un millonario, que sin dejar de serlo, de la noche á la mañana se encuentra reducido á ser mendigo y espiar en una prision el delito de mendicidad, seria la cosa más cómica del mundo, si no fuera una de las más desagradables.

Hé aquí el hecho:

Un millonario, que reside en California, deseó realiza r el sueño dorado de todo yanke rico, de dar su paseito por Europa y echar una cana al aire en Paris.

Hace unos meses se embarcó nuestro millonario con intento de pasar el invierno en Niza y Monte-Carlo antes de ir á Paris.

Provisto de unos cuantos cientos de libras y una carta de crédito para cuanto necesitára, llegó á Nueva York desde California y se embarcó en un vapor que iba á Génova, donde permaneció unos cuantos dias, y desde allí se dirigió en agradable excursion á Nápoles, Roma y Venecia. Despues de dos meses de grato solaz en que apuró todas las delicias que puede permitirse un millonario americano, que lo es *de duros* y no *de reales*, se embarcó para Francia y fué á Monte-Carlo.

Allí pensó pasar el invierno; pero, como dice el refran: *el hombre propone y Dios dispone.*

Una de las noches en que se retiraba á su casa de vuelta del casino, donde habia ganado una suma considerable, fué asaltado por unos rufianes, que habian presenciado su ganancia. No se contentaron con robarle lo que habia ganado, sino que además le dejaron sin un solo papel, robandole por consiguiente hasta la letra de crédito que llevaba en la cartera.

Le despojaron hasta tal punto, que no le dejaron más que un traje harapiento que le obligaron á ponerse en vez del suyo, que como hemos dicho, le robaron además de cuantas alhajas llevaba, incluso el reloj, en fin, *todo.*

No contentos con esto, y aquí ya hay que reconocer que hay ladrones que se gozan en torturar á los que roban, le dieron una paliza y le dejaron sin sentido en el suelo y cubierto de sangre.

Poco tiempo despues, porque eso es sabido, la policía llega siempre *despues*, es decir, cuando ya no hace falta; llegó la policía y al tropezar con el pobre millonario, le levantó, y en cuanto estuvo en disposicion de contestar, le preguntaron qué hacía allí.

—¡Yo! ¿Que qué hago aquí?—diria el pobre hombre.—Pero, señor, no parece sino que yo me he colocado aquí por mi gusto, en el sitio donde me encuentro.

Y digo que lo pensaria, porque ¡oh. fatalidad incalculable! nuestro hombre. á pesar de ser millonario, no hablaba una palabra de francés, más que por medio de intérprete.

Su aturdimiento, el no responder á las preguntas que se le hacian y su estado lastimoso, inspiraron á la policía la idea de que era un criminal y le llevaron á la estacion más inmediata.

Despues de que le examinaron la herida que tenia en la cabeza, pudo conseguir que un intérprete contara lo ocurrido, y como no consiguió que le creyesen le pusieron en la calle y le dijeron que si era verdad lo que aseguraba, que se fuera á su *domicilio* y allí le recibirián.

No teniendo un cuarto en el bolsillo ni sabiendo hablar una palabra, cuando se presentó en el hotel, no solo no le creyeron y no quisieron recibirle, sino que no consintieron en darle su equipaje y ropas, que dijeron guardaban como garantía del pago de su cuenta, que por cierto era algo crecida; pues el millonario no se privaba de nada y vivia en grande.

En tan apurado trance, el infeliz decidió ir á Niza, donde tenia algunos amigos. Salió, en efecto, para Niza, teniendo que ir á pié, y por el camino iba deteniendo á cuantos encontraba y preguntándoles si hablaban inglés para contarles su historia. A los pocos que encontró, á quien pudo referírsela, la pusieron en duda, porque á la verdad, sus trazas en aquel momento, súcio, mal vestido, estropeado, magullado, sin un ochavo, no era fácil que nadie creyese que aquel hombre tan miserable era realmente un millonario. Todos le miraban como un borracho embustero y le volvian la espalda.

Por fin, despues de mil trabajos, pues tuvo que vivir de limosna durante los dos ó tres dias que tardó en el viaje consiguió llegar á Niza; pero, ¡oh, dolor! La víspera del dia que él llegó se habia marchado su amigo á Paris.

La policía de Niza acabó por prenderle como mendigo vagamundo, y como sus esplicaciones parecian una sarta de mentiras, no pudiendo probar su identidad con ningun documento, el juez le condenó á un mes de cárcel por indocumentado, sospechando si estaria complicado en algun crímen.

Trascurrido el mes y puesto en libertad, mendigando y á pié llegó á Marsella, yendo inmediatamente á ver al cónsul de su pais, el cual le reespatrió en el vapor *Bungundia*, donde llegó á Nueva-York flaco, escuálido, medio muerto.

Afortunadamente encontró allí algunos amigos, á los cuales decia:

—No me vuelvo á mover de mi casa en mi vida...

—¿Tanto ha sufrido usted?

—Tanto, que voy á dedicarme con todo ahinco á la estirpacion de la mendicidad, en cuanto de mí dependa. ¡Dios mio! ¡Qué tormento tan grande para un millonario es ser mendigo!

***

Aquel famoso viejo de setenta años, que para seducir á su prometida miss Knwoles le ofrecia su blanca mano con *¡mil libras!* para alfileres y una renta segura de *cuatro mil* en cuanto fuese viuda, cosa que habia naturalmente de suceder más ó ménos pronto, puesto que el marido tenia setenta años y la mujer veinte, ha vuelto á hacer hablar de su persona en términos poco satisfactorios.

Recordarán nuestros lectores que el viejo fué condenado á pagar á la jóven por faltar á la palabra de casamiento que le dió 10000 libras esterlinas, ó sea un millon de reales.

Lo que para no pagárselos hizo el marrajo Duncan, parece mentira de puro absurdo.

En primer lugar, para evitar que le obligaran á casarse con la jóven se casó él con otra vieja setentona como él, pero de gran fortuna; y esto lo hizo cuando ya habia empezado la demanda de los daños y perjuicios por falta de cumplimiento á la palabra empeñada á la jóven, que es de singular belleza, esmeradísima educacion y buena familia.

En segundo lugar vendió, simuladamente por supuesto, de prisa y corriendo cuanto tenia, y como aun vendido, á un precio que era poco menos que regalado, no pudo conseguir que le dieran ménos de 6500 libras, esta suma la metió en un arca de hierro y la depositó á nombre de una señorita imaginaria á quien dijo habia regalado la suma, en un banco.

Y hecho esto, despues de haber trasladado á nombre del hijo de su actual mujer la propiedad del periódico *Matrimonial News*, de que era propietario y le producia más de *tres mil libras al año*, se declaró en quiebra solo por el gustazo de no dar las 10000 libras á la jóven burlada por el lascivo viejo, que sólo buscaba el seducirla con promesas y abandonarla despues, como habia hecho con otras seis víctimas, de las que ha tenido siete hijos por el mismo procedimiento de seduccion entablado con miss Knowles, que más hábil que las demás, no se ha dejado engañar.

Por algun tiempo pudo creer Duncan que se habia reido de la justicia inglesa; pero no tardó ésta en descubrir primero el depósito de las 6500 libras y segundo que no fué éste hecho por una señorita, sino por la mujer y el yerno de Duncan.

Desde entonces empezaron una série de disgustos intolerables para el sátiro septuagenario, y viéndose ya obligado á pagar, ideó, en mal hora para él, apelar de la sentencia pidiendo reduccion en la suma que se le habia condenado á pagar *por ser escesiva y superior á sus medios*.

Despues de cuatro dias de audiencia en que á escepcion de su abogado defensor, tanto el de la jóven, como el juez y como cuantos magistrados han intervenido en la causa, le han puesto de verde y azul, por fin le han rebajado 3500 libras, pero cargándole las costas del juicio de apelacion que importarán tal vez más.

¡Y qué cosas le han dicho! Villano, mal caballero, rufian, cobarde, caballero de industria ¡qué se yo!

Entre las interrupciones más cómicas, ha sido una de ellas la del juez que, al oir leer una carta de Duncan dirigida á la muchacha, en que le daba como esplicacion para no casarse el que era viejo y no tenia fortuna, esclamó:

—Para seducirla se rebajaba la edad y aumentaba la renta, y cuando quiso *no casarse* aumentaba los años en proporcion á lo que disminuia la renta.

Al oir otro párrafo de la carta, leida por el abogado defensor, diciendo «que ella era la que deseaba casarse y la que le incitaba» ,le interrumpió diciendo:

—¡Vaya! Lo mismo que en el Paraiso. Eva fué la que ofreció la manzana á Adan. (Risas estrepitosas.)

Por supuesto, las risas conque eran acogidas estas interrupciones sólo se oyen en un teatro de ópera bufa.

Por perder en todo, el viejo ha perdido en tener qué pagar en el término de un mes las 6500 libras y las costas; y si en ese tiempo no las paga, las 10000 libras y las costas.

La broma le ha salido cara á nuestro colega el director propietario del *Matrimonial News*. Mr. Leslie Duncan, septuagenario aspirante á casarse con una jóven de veinte años, se ha casado en su lugar con una vieja de sesenta y le ha costado la broma.... 10000 libras!

***

La inauguracion del nuevo teatro inglés de ópera nacional que acaba de construirse, ha sido un verdadero acontecimiento teatral, que dejará grato recuerdo en la memoria de los *dilettanti* ingleses.

El nuevo edificio es magnífico, su coste ha sido 200 mil libras ó sea 20 millones de reales.

Empezó á construirse á fines de 1888, en cuyo año se colocaron los cimientos. Los materiales de que está construido son incombustibles, hasta tal punto, que se ha considerado innecesario asegurarlo. Los tejados, suelos y techos y separacion de palcos son de hierro, acero y hormigon.

Todos los tabiques y paredes, á escepcion de los de la escalera principal, son de azulejos blancos y los descansos de la escalera de una composicion de granito de mármol.

Una de las grandes novedades que ofrece este teatro es la de estar construida la sala sin columnas, de modo que se ve perfectamente desde todas partes.

Para dar una idea del edificio, baste saber que se han empleado en su construccion más de 450 toneladas de hierro y acero.

Hasta tal punto se ha procurado evitar el peligro de un fuego, que los marcos de las ventanas son de amianto, lo mismo que las puertas, y además está organizado el servicio de agua de tal modo, que *instantáneamente* podria inundarse el edificio por medio de un doble juego de surtidores gigantescos.

Cada parte del edificio tiene su entrada especial. La ventilacion se obtiene por medio de unos aventadores, y la temperatura puede elevarse á voluntad por medio de tubos colocados alrededor de los asientos. El aire viciado sale por medio de unos cañones de chimenea que llegan hasta el techo.

No sólo hay cuartos para los principales artistas, sino hasta para el cuerpo de coros. Todos tienen cuarto donde vestirse, con luz eléctrica, agua fria y caliente, grandes espejos y muebles de lujo.

Para comodidad del público, que no quiera subir por las escaleras, hay permanentemente un ascensor que se detiene en todos los pisos.

En ninguna parte del teatro hay gas.

La calefaccion del edificio se obtiene por medio de un ingenioso sistema de vapor de agua.

La instalacion eléctrica es admirable y arreglada á los últimos adelantamientos de la moderna iluminacion.

No hay luces en el piso del escenario, en el sitio que ocupan en España las candilejas.

Hay dos mil quinientas incandescentes.

Caben dos mil espectadores y en la orquesta hay sitio para sesenta y tres músicos.

El decorado de los palcos es verde y oro.

Pero lo que produce un efecto indescriptible es el arco del proscenio, de 34 piés de ancho y 35 de alto, hecho de onyx mejicano y mármol.

El escenario es uno de los mayores de Inglaterra.

La ópera elegida para la inauguracion del edificio, que se destina esclusivamente á la ópera inglesa, ha debido necesariamente ser de autor inglés la música, y de una obra popular inglesa el libreto.

Así ha sido en efecto, siendo la obra elegida para sacar de ella el folleto una obra tan popular y conocida como lo es la novela qe Walter Scot, *Ivanhoe.*

El autor del libreto ha sido Mister Sturgis.

Empieza la ópera en el vestíbulo de Rotherwoad, donde Cedric el sajon recibe á sus amigos los sajones. El judio Isaac pide hospitalidad por aquella noche. Acompañan á Isaac el caballero templario Bois Guilbert, Mauricio de Braus y otro templario que está prendado de Rowena, que ama y es correspondida á Ivanhoe, hijo de Cedric. Este llega á casa de su padre disfrazado de peregrino. No sabe Rowena que su adorado está en Rotherwood hasta que despues de haber salido vencedor en el torneo que acaba de tener lugar, al recibir de mano de la reina del Torneo, que es Rowena, el premio tiene que quitarse el yelmo. El rey Ricardo, disfrazado de caballero negro acepta la invitacion del monje Stuck que le brinda con su cabaña en la selva. La llegada de Rebeca con su padre Isaac despierta la admiracion de Bois Guilbert y del príncipe Juan, que pide hospitalidad á Cedric y recibe un aviso diciendo: «El diablo está en libertad»; con lo cual le advierte que el rey de Inglaterra está en libertad, libre de su cautiverio.

El acto segundo empieza con una escena cómica en que están disfrazados el rey y el monje.

Llega Loksley y pide al caballero negro que le preste ayuda para rescatar á Rowena é Ivanhoe, que han sido secuestrados y llevados al castillo de Torquilstone por unos caballeros templarios, cubiertos con antifaces.

Las escenas segunda y tercera tienen lugar en el interior del castillo de Torquilstone, donde el templario de Bracy aspira á que Rowena acceda á ser su esposa, como precio de la libertad de Ivanhoe, á lo que Rowena se niega. Ulrica dice á Rebeca, que tambien está presa en el castillo, que de Bracy está enamorado tambien de ella pero cuando éste se ve en presencia de Rowena tiene que abandonarla al oir los clarines de guerra, que le llaman, para ir en auxilio de sus compañeros los templarios, atacados por las fuerzas del caballero negro, que vienen á tomar el castillo.

El acto tercero tiene lugar en el castillo de Torquilstone. Ulrica prende fuego al castillo y perecen, presa de las llamas, todos los malos, salnvádose los buenos. Ivanhoe es declarado oficialmente futuro esposo de Rowena el rey Ricardo se descubre, y con un magnífico coro de sajones y normandos termina la ópera.

No es la nueva partitura de las que pueden juzgarse acertadameute, con solo haberla oido una vez; pero de la impresion general puede decirse que es digna de la reputacion de Sullivan.

Se separa del estilo de Wagner y abunda en melodías dulces, características y agradables.

Los números que merecen especial mencion son: en el acto primero, dos árias de Rowena, el duo con Ivanhoe, el coro que precede al torneo y el final del acto.

En el segundo, el ária del monje Stuck, la cancion del rey, el terceto y el ária del templario, y el gran duo entre éste y Rebeca con que concluye el acto segundo.

En el tercero, el ária de Ivanhoe y la de Rebeca, el duo y el cuarteto, y el duo de Rowena é Ivanhoe.

La obra está bien instrumentada y en la ópera pueden lucir los músicos de la orquesta, en los solos en que abunda, su pericia.

En cuanto á la ejecucion, ha sido buena en general y superior por parte de miss Macintyre, la estrella inglesa que se vislumbra como de porvenir. Los demás artistas bien, y la orquesta perfectamente dirigida por el autor, que fué recibido con un aplauso espontáneo cuando se presentó á tomar la batuta.

Hubo un aplauso especial para el propietario del teatro, Mr. Orly Carte, que no ha reparado en gasto de ninguna especie á fin de dotar á Lóndres de un teatro digno de esta gran ciudad.

Escusado me parece decir que el teatro estaba lleno de bote en bote.

La crema de la *high-life* estaba aquella noche en el nuevo teatro, que los príncipes de Galles se dignaban honrar con su presencia, viniendo desde Sandrigham con el único objeto de presenciar la inauguracion y la ópera de Sullivan. Tambien estaba su hermano el duque de Edimburgo, y todas las notabilidades artísticas de Inglaterra.

***

Mr. Grifftings, el famoso transgresor de la ley prohibiendo atravesar la Serpentine cuando el hielo no estaba consistente, ha comparecido ante el tribunal, acusado de haber atravesado el lago el dia 16 de enero con peligro de su vida y la de sus caballos.

El juez manifestó que si el hielo se hubiera roto y el acusado y sus caballos se hubieran ahogado, todo el público hubiera puesto el grito en el cielo por no haber evitado la policía la desgracia. Por lo tanto, y para que en lo sucesivo no se faltase á lo establecido por la policía, y por haberla desobedecido, le imponia una multa de *cinco libras esterlinas* y las costas.

¡Caro le ha salido el paseo por la Serpentina al transgresor!

***

En este país, donde se vén las cosas más excéntricas, acaba de sentenciarse una demanda interpuesta por una lavandera contra uno de sus parroquianos.

Uno de estos tuvo la idea de escribir en una de las corbatas blancas que dió á lavar, lo signieate:

—Es usted una puerca. ¿Llama usted á esto lavar? Esto es ensuciar.

Llevada la demanda al tribunal, éste decidió á favor del demandado. Los fundamentos de la sentencia no pueden ser más concluyentes.

Se fundan los considerandos en que si lo dicho por el demandado hubiera sido por medio de la prensa, en ese caso hubiera habido indudablemente difamacion; pero que en atencion á que al obrar así el demandado usaba del perfecto derecho que tiene de escribir sobre su ropa sucia lo que le parezca, máxime si esto es sencillamente una apreciacion acerca de la mayor ó menor *nitidez* de la ropa lavada, no constituia delito de difamacion, sino meramente uso de un derecho legítimo y absoluto de escribir lo que tuviera por conveniente en su ropa sucia.

Y no solo le ha absuelto al demandado, sino que ha condenado á pagar las costas á la lavandera, el tribunal.

***

Ha muerto hace pocos dias mister John Dixon, á cuya iniciativa y habi-

Ministerio de Cultura

lidad se debe que, en el sitio que hoy ocupa en Lóndres, se vea colocado, hace tres años, el obelisco *Aguja de Cleopatra*. Despues de varias tentativas para traer este monumento de la civilizacion egipcia, regalado por el Jedive al gobierno británico, se construyó un barco especial, cilíndrico, para su conduccion, remolcado por el *Olga* desde Alejandría. El *Olga* y el cilindro remolcado, al llegar al golfo de Vizcaya, fueron sorprendidos por un huracán furioso que rompió el cable. Los cinco marineros que en un bote del *Olga* trataron de salvar la *Aguja*, perecieron. Esta permaneció en el cilindro mientras duró la tormenta, y poco tiempo despues fué remolcada por un vapor á un puerto de España. La *Aguja*, que es una piedra de una pieza, pesa 186 toneladas y se pagó al vapor que la remolcó al puerto español la respetable suma de 2.000 libras.

***

El diputado Mr. Bradlaugh, cuya entrada en el Parlamento como diputado por Southampton produjo una verdadera tempestad parlamentaria hace algunos años, ha muerto la semana última despues de una corta enfermedad.

Sabido es que se negó á jurar sobre la Biblia, por decir que era ateo, lo cual produjo el escándalo consiguiente.

Cuando despues trató de jurar, se opusieron sus colegas diciendo que despues de la declaracion que habia hecho, el juramento suyo era una burla sangrienta.

Ultimamente, la primitiva inquina habia cedido bastante, merced á la simpatía que habia conseguido despertar por su talento y distinguida educacion.

Su última ocupacion fué un juicio crítico muy razonado del plan del general Booth.

Y á propósito de éste, ya ha reunido las primeras 100000 libras y ha celebrado un *meeting* en el que ha ocurrido un funesto suceso que produjo deplorabilísimo efecto. Uno de los sostenedores del plan del general y que habia contribuido á él dando 2000 libras al final de un vehemente discurso que pronunció en la plataforma, cayó muerto al lado del general, por efecto de la ruptura de un aneurisma. La confusion fué grande y el *meeting* concluyó al poco tiempo.

B. DE OYA.

Lóndres, 31 de enero de 1891.

DESDE EL BOULEVARD

Este invierno, duro por todos conceptos, ha sido particularmente terrible para las artes francesas.

Durante el pasado enero la muerte se ha dado tal prisa á segar existencias gloriosas en el arte que ya nos despertabamos por la mañana diciendo ¿quién será el muerto de hoy?

Un dia era Octavio Feuillet, otro Delaplanche, Celine Montaland, Aimé Millet, Lewis-Brown, ayer Chaplin, hoy Elie Berthet, el gran Meissonier, verdadera y grande gloria nacional.

Seguramente, al llegar esta crónica á Madrid, habiendo adelantado el telégrafo la noticia de que la pintura francesa moderna perdia uno de sus maestros más respetados en el mundo, las columnas de los periódicos estarán llenas de datos biográficos de Meissonier. Seria, pues, prolijo y además considerablemente retrasado insistir aquí sobre el lugar de su nacimiento, los penosos comienzos de su carrera, la lista de sus obras principales y afirmar ó negar algunas de las leyendas que corren sobre el precio á que pagaban á Meissonier el metro cuadrado de pintura, cuando su vocacion empezaba á ponerle el pincel en las manos.

Creemos más interesante apuntar aquí, un poco desordenadamente, algunas notas de su vida íntima recogidas de unos y otros en torno de aquel féretro minúsculo como el de un niño, del cual se destaca la hermosa cabeza, que recuerda la del Moisés, de Miguel Angel, del maestro que se va cargado de gloaia y cargado de años, pero sin que el peso de una y otros le hayan encorvado, habiendo conservado hasta la última hora la integridad de su talento, precioso en todos los sentidos en que se le quiera opreciar.

Y es tanto más prodigiosa esta fuerza del talento y de la vitalidad á los ochenta años, cuanto que Meissonier, pintando cuadros minúsculos con una conciencia de detalles que haria la desesperacion de un holandés de la buena época, necesitaba conservar la mano firme y la vista clara.

La probidad y la conciencia artística, así como el conocimiento completo de la parte técnica de la pintura, constituian la fuerza del talento de Meissonier.

Sus obras no tenian juez más inflexible que él mismo, y nadie menos que Meissonier hubiera perdonado á Meissonier ser inferior á sí mismo en un cuadro.

En 1873 envió á la Exposicion Universal de Viena su famoso cuadro *Mil ochocientos siete*, que como todos los que en la obra de Meissonier glorifican la epopeya de Napoleon—y acaso mas que otro alguno—obtuvo un éxito colosal.

Cuando el cuadro volvió al estudio del maestro en Poissy, éste, descontento de sí mismo, rascó con el cuchillo todo el escuadron que carga al grito de «¡Viva el emperador!» y sin preocuparse de que el lienzo estaba vendido y régiamente pagado, sin tener en cuenta el aplauso público, se impuso un año entero de trabajo hasta estar satisfecho de su obra.

Y para darse cuenta de lo que un año de trabajo representaba para Meissonier, bastará apuntar el dato curioso de que segun el resultado que arrojan las últimas ventas públicas en que figuraban cuadros suyos, el centímetro cuadrado de pintura de Meissonier sale á doscientas francos, ó sea á *dos millones de francos* el metro cuadrado.

El rasgo arriba apuntado pinta al artista.

Acaso pintor alguno ha llevado más lejos el estudio del detalle y la investigacion de la verdad absoluta; quizás nadie como él ha usado del modelo; pero como sabia darle tambien como nadie lo que al modelo falta, la conviccion, la vida interna, la verdad interior junto con la verdad exterior.

Asi es que los cuadros de Meissonier, como en la naturaleza, todo ocupa su verdadero lugar y más que otro pintor alguno ha sabido darnos la impresion de la época, del lugar, de la hora, del carácter de los personages. Como si sus figuras tuvieran vida y cada una fuera actor notable capaz de entrar en la piel del personage, como si sus fondos fueran arrancados á la vida; la sensacion que sus cuadros nos producen, es la verdad, la verdad indiscutible.

Imposible asegurar delante de su *Mil ochocientos catorce* que Meissonier no conocia á Lannes y al mariscal Ney.

Para medir hasta donde llegaba Meissonier en la minuciosidad de su estudio del detalle, baste saber que, para ese mismo *Mil ochocientos catorce* (recientemente pagado en 850000 francos), que representa á Napoleon de vuelta de la campaña de Francia, á la cabeza de su Estado Mayor en retirada por una carretera cubierta de nieve, habia hecho construir la carretera misma sobre un plano inclinado, esperó á que nevase para pintarla mejor del natural, y por último, pidió á un coronel de artillería una bateria para hollar el suelo y obtener verdaderos los surcos de las ruedas de los armones.

Aquellas figuras diminutas de sus cuadros, en que la espresion y la movilidad estaban obtenidas con un dibujo maravilloso, pero con una factura llena de amplitud y sin el lamido de la miniatura no las pintaba Meissonier con el pincel fino sino con la brocha.

El carácter personal de Meissonier era brusco, rudo al parecer, y su amor propio muy susceptible; pero los que lo conocian íntimamente aseguran que su corazon era excelente y hasta tierno en la mayoría de las casos. El éxito contínuo le habia dado conciencia de su fuerza y esto explica muchas cosas que en su vida pudieran aparecer arrebatos de su carácter.

Sus gustos eran lujosos. Cuando se ha empezado la vida con mil trabajos y á fuerza de talento y de trabajo se ha llegado á ganar lo que Meissonier ganaba nada más natural que gustar de los placeres que la vida puede dar á los millonarios. Pero, en cambio no era hombre amigo de brillar en los salones; huía del muudo y adoraba la vida de familia.

Tenia dos pasiones favoritas: el billar, en que era bastante fuerte y la construccion.

De esta segunda manía quedan en herencia á su familia, su hermoso palacio del boulevard Malesherbes, que muchos ricos envidiarian y que á pesar de sus comodidades y la riqueza con que está instalado como casa y como estudio era para Meissonier más bien un apeadero.

Su verdadero estudio estaba en su casa de Poissy. Artística posesion entre el Sena y la selva de Saint-Germain, donde sus aficiones de constructor habian hecho maravillas y cuyo amplísimo estudio encierra verdaderas riquezas reproducidas en el fondo de muchos de sus cuadros.

Maissoner deja en herencia al Estado dos de sus mejores cuadros, que habia conservado: *L'attente* y *Le graveur á l'eau-forte:* estos dos, *La Rixe* y *1807* eran sus cuatro obras predilectas.

A su familia, á más de su fortuna personal, deja otra fortuna mayor, todos sus estudios, que sin duda previendo que los enormes gastos ocasionados en la preparacion de sus cuadros y los dispendios á que su mania de construir le conducia, habian de consumir su peculio, iba guardando cuidadosamente.

Esos estudios forman un volumen de más de un metro cúbico y han de pagarse á peso, á mucho más de su peso en oro.

Hay una cosa que no se lega ni se puede heredar siempre: el genio. Este pertenece solo á los elegidos y Ernesto Meissonier, padre de Carlos, ha muerto sabiendo que no es transmisible por herencia.

***

¡Fenomeno extraño! La ejecucion de Eyraud ha producido una impresion penosa en el ánimo del público en general.

Descartemos ante todo de esa impresion, la malévola intencion con que algunos pretenden tachar de falta de clemencia á Mr. Carnot por no haber usado de la prerrogativa de indulto en este caso.

Mr. Carnot, que llena con digna integridad, para la que propios y extraños no tienen sino alabanzas, las funciones de jefe del Estado frances, es en realidad inatacable en el terreno político y los últimos restos del boulangerismo han querido buscar en la ejecucion de Eyraud, no indultado de la pena capital, un falaz pretexto para enagenar simpatias al presidente de la República.

La prerogativa de indulto, que debe ser bien triste y enojoso ejercer en sentido del rigor, debe estar fuera del alcance de toda crítica y responsabilidad moral.

Existe en Francia una *comision de gracias*, compuesta de eminencias jurídicas, cuyos informes son absolutamente secretos y solo conocidos del jefe del Estado. Para no ejercer á tontas y á locas la prerogativa el jefe del Estado, se inspira solamente en el informe de esa comision. Si esta no encuentra motivo para perdonar aconseja al presidente de la República que deje á la justicia seguir su curso; en el caso contrario le expone las razones que inclinan á la piedad.

En vista de este informe Mr. Carnot, si no ha indultado á Eyraud ó es que la comision le ha aconsejado el rigor ó que ha encontrado en su conciencia razones para no indultar de más fuerza que las que la comision pudiera presentarle.

Los que ahora se quejan del rigor del jefe del Estado pretenden saber que el informe de la comision era favorable á Eyraud, en lo cual parecenos que deben engañarse, puesto que juridicamente no es posible encontrar circunstancias que atenuen su crimen.

Por consiguiente, hay que apartar en esta otra impresion sinceramente penosa del público toda idea en la cual entre la sombra de un reproche á monseur Carnot.

Lo que no tiene ni siquiera sentido comun es lo que se sabe á ciencia cierta, la conducta incongruente del jurado.

Despues de no encontrar ni una sola circunstancia atenuante para Eyraud al dar su veredicto, enviandole asi á la guillotina, firman una peticion de conmutacion de pena.

Esto es algo como lavarse las manos imitando á Pilatos y—valga lo vulgar de la frase—echarle *el muerto* á quien se encuentra en la alternativa de perdonar ó no.

En las causas en que se juega la cabeza de un hombre—como por lo demás en todas—los jurados deben asumir la responsabilidad que les incumbe. La ley les da el medio de expresar su opinion y su voluntad; las circunstancias atenuantes son la vida, como para Gabriela Bompard—aunque la conciencia pública no se las explique; —sin circunstancias atenuantes es la muerte como para Eyraud.

Esa piedad, esa compasion pueden tenerla los jurados al dar su veredicto.

Despues de darlo, su papel ha concluido y están demás las peticiones de indulto, que son como una condenacion de su propio veredicto.

Lo que produce la penosa impresion en el público es ver decapitado á Eyraud y á Gabriela Bompard con la cabeza sobre los hombros.

La reflexion ha entrado en el cerebro de la multitud y hoy se dicen los que han oido hablar tanto de sugestion é hípnotismo durante el proceso, que si sugestion ha habido más facil es que un hombre viejo haya sido sugestionado por una linda muchacha que hasta parece haber hipnotizado á los jurados que encontraron atenuacion para su crimen y no la encontraron para su cómplice.

Eyraud ha dicho en su desesperacion de los últimos momentos.

—¡No falta ya sino que condecoren á Gabriela!

Un poco exagerada por la alteracion natural de sus ideas en tan terrible momento esa frase viene á ser un eco de lo que en su interior piensan las gentes al ver salvada de la guillotina una cabeza más ó menos seductora y que quizás fué la verdadera inspiradora del crimen que ha hecho caer la de Eyraud, bajo el veredicto de un jurado que fuera ya de la sugestion de aquellos ojos picarescos parece que quisiera enmendar la falta de lógica de su veredicto con una peticion de indulto todavia menos lógica.

Habrá chocado la mania de Eyraud de achacar su muerte á Mr. Constans y sus apóstrofes al ministro del Interior en el momento de morir.

Esto tiene una explicacion muy sencilla.

La situacion de Eyraud era para dar al traste con la seguridad de las ideas de cualquiera.

Gabriela le habia perdido; Garanger habia traido á Gabriela á hacer las confesiones que á Eyraud perdieron irrevocablemente.

Garanger tenia que ser naturalmente la pesadilla de Eyraud, su *bête noire* que dicen los franceses.

Ahora bien Garanger, habia sido empleado cerca de Mr. Constans, cuando este fué gobernador de la Indo-China y á Eyraud se le habia metido en la cabeza que Garanger le habia entregado á la justicia francesa por servir al ministro del Interior.

De ahí una verdadera mania que tenia por resultado que Eyraud envolviera á Mr. Coustans en su odio natural contra Garanger.

***

Para los aficionados á buscar la palabra más larga de cualquier idioma.

En un decreto de la Prefectura de policia relativo á la coloracion de las materias empleadas en la alimentacion, encontramos lo siguiente:

Verde malaquita (*Eter cloridriquetetrametildiamidotrifenilcarbinol.*)

¡Vamos á tomar resuello!

RICARDO BLASCO.

París, 5 febrero 1891.

MOSÁICO MADRILEÑO

En pleno Carnaval.—¿Dónde está el dinero? Descuidos paternos.

El Carnaval podrá ir acabándose, como sospechan ó al menos dicen los moralistas, pero la verdad es que no se conoce. Desde hace un mes lo menos, las estudiantinas y comparsas han recorrido las calles de la corte, ensayando jotas y pasos dobles. Los comercios de trajes carnavalescos han venido ostentando su variado y caprichoso surtido; y desde esta mañana, las esquinas que ántes ostentaron las candidaturas de los serios aspirantes á legisladores, se hallan adornadas con caretas de carton y narices postizas. Los muchachos del arroyo lucen ya sus trajes de diablo, en percalina de dos colores y doscientas mil manchas, despues de haber enderezado sus cuernos y remendado el rabo del Carnaval anterior. Las empresas de bailes han procurado y procuran atraer al público con regalos y facilidades de toda índole, y los niños sirven ya, como tantas otras veces, para que, á pretesto de divertirles, lo hagan á sus anchas las familias.

Las confiterías han hecho sus preparativos de Carnaval, y las farmacias preparan tambien sus drogas para remediar los daños que causarán las confiterías; y en los momentos en que escribo, comparsas de ciegos y tullidos recorren las calles, con enaguas y toneletes blancos, implorando la caridad y practicando una de las fases de la mendicidad, de que no habia hablado en anteriores artículos: la miseria, disfrazada de locura, para arbitrar elementos al vicio.

Desde el retiro en que practicamos, más ó ménos resignadamente, la virtud del trabajo, se oyen los ecos de la calle y el ruido de los instrumentos musicales, y llega hasta nosotros la noticia de que son muchos los individuos que se disfrazan, para tener el inocente gusto de preguntar: ¿Me conoces...? Que es precisamente lo mismo que vienen haciendo á diario los políticos españoles, para darse el gusto de embromar al pobre pueblo, que bien podría contestar: ¡Más me valiera no haberos conocido nunca!

***

No hace muchos dias que al ver el número verdaderamente fabuloso de mendigos que por todas partes nos asediaba, decíase sin querer y con rara unanimidad: ¡Este es un país en que no hay una peseta!

Poco despues, observando el generoso movimiento de la caridad en favor de los pobres, añadíamos con estrañeza: ¡Pues hay dinero! Y ahora, con motivo de las elecciones, observando las calderadas de riñones que se comian en los colegios, y los muchos cigarros habanos con que se enrarecía la atmósfera de dichos locales, donde nunca suele verse muy claro, se ratificaba la especie, añadiendo: ¡Pues hay dinero positivamente!

Y prueba de que lo hay es la siguiente pregunta con que se descuelga un periódico: ¿Dónde está el dinero?

Pregunta capaz de hacer volver á la triste realidad á cuantos se apartan de ella, para viajar por los espacios imaginarios.

¿En dónde está el dinero?

La verdad es que pocas personas serán capaces de contestar á semejante pregunta.

Unas dirán, registrándose el bolsillo: Lo que es en mi poder, no existe.

Alguno añadirá, todavía incrédulo: ¡Dinero...! ¿Pero es que positivamente existe en el mundo?

Y es que el dinero debe estar indudablemente donde no debiera estar. Es lo que ocurre siempre y en todas las cosas.

Lo tendrá el avaro que lo oculta en un secreto de su habitacion; lo tendrá el prestamista para hacerle producir un doscientos por ciento; lo tendrá el que lo gasta en el extranjero, mientras sufren hambre sus compatriotas.

En cambio, si hay quien anhela socorrer á una familia necesitada, verá con desconsuelo que él necesita ser tambien socorrido; si hay quien lo necesite para altas y civilizadoras empresas, es casi seguro que no sabrá cómo agenciárselo; si el gobierno, si las autoridades locales, si las asociaciones particulares proyectan algo bueno, es cosa corriente que tengan que decir: Para esto hace falta dinero... y ¿dónde está el dinero?

La ausencia ó el escondite del mismo no es cosa de hoy; toda la vida ha pasado igual, á lo que se deben las maldiciones de los poetas y eso de llamar *vil* al oro, como si el pobre metal tuviera la culpa de los malos usos á que suelen destinarle sus poseedores.

Si aquí ocurriera lo que en Francia y un periódico planteara la pregunta de ¿dónde está el dinero?, es seguro que recibiría muchas contestaciones de este jaez:

«No lo sé».

«¡Qué curiosos son ustedes».

«Donde sus dueños lo hayan puesto».

«En la Casa de la Moneda».

«Pero ¿existe todavía? Las últimas pesetas que yo ví tenian agujeros y debian estar apolilladas... Creí que ya no quedaría ninguna.»

«¿Que dónde está el dinero? La última vez que me hicieron igual pregunta, fué en la calle del Gato, á las dos y media de la madrugada... Empecé á gritar, llegaron unos guardias, y como el que me hizo la pregunta habia huido, me llevaron á mí á la prevencion».

«¿Dónde está el dinero? Ausente de España desde hace muchos años, y yo creo que no piensa en volver».

***

Durante los últimos dias hemos tenido ocasion de leer numerosas noticias de desgracias de criaturas: unas asfixiadas en su choza, otras ahogadas en una noria, una que se cae á un pozo, otra [illegible], otras que se causan la muerte [illegible] jugar con armas abandonadas por descuidos de los padres, otras mutiladas por animales feroces....

Tantos y tan tristes van siendo estos casos, que no va á haber tranquilidad en las familias.

—¿Y la niña?—preguntará un amante padre, al volver á su guardilla, despues del diurno trabajo.

—Pues mira, no sé: yo la puse á secar al sol sobre el tejado; posible es que se haya caido á la calle.

Otras veces, cambiándose las tornas, será la mujer quien pregunte al marido:

—Pues... ¿y Julito? ¿No fué contigo de paseo?

—Y es verdad....

—¿Dónde le has dejado, que no viene?

—Pues, mira que no recuerdo..... ¡Como no sea que al pararme á mirar el depósito de aguas del Canal se haya caido por alguna alcantarilla!

Semejantes descuidos son tan impropios como los que, andando los tiempos, cometen algunos padres dejando que sus hijos frecuenten lugares en que pueden perderse su honradez ó su decoro, ó permitiendo que asistan á cátedras donde la impiedad moderna arranca de sus corazones la consoladora fé en que nacieron.

De otros peligros que corre la infancia pudiera tambien hablar, si esto no cayese fuera de mi propósito del momento. Ahora solo trataba de los descuidos, que menudean mucho, de los padres y madres, para que no se dé el caso de que escuchemos por ahí:

—Señá Fulana, ¡ha visto usté á mi niña, que la dejé en mitad del arroyo?

—No, señora Rita, no la he visto... ¡Como no sea que la haya aplastado la máquina esa de apisonar el empedrado!

—Pues, cualquiera va á encontrar entonces sus restos... ¡Cuidado con los disgustos que nos dan los hijos! ¡Con ellos no hay humor para distraerse ni para nada!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Diccionario geográfico internacional de escritores y artistas del siglo XIX, por D. Carlos Frontaura y D. Manuel Ossorio y Bernard.—Se han repartido los cuadernos sexto y sétimo de esta importante obra, en los cuales aparecen los retratos de la señora Beecher Stowe, Beethoven, Bellini, Bellver (D. Ricardo), Benavides, Benliure, Berger, Bergnes, Bernhardt, Berroy, Berrier, Bert, Berthelier, Biedma (doña Patrocinio) Blanc (Carlos) y Blasco.

El éxito logrado por esta publicacion corresponde en todo á su mérito.

La acreditada «Biblioteca gallega» acaba de publicar dos notables libros.

Titúlase uno *Sucesos militares de Galicia en* **1809** *y operaciones de la presente guerra.* Escrito por el coronel D. Manuel García del Barrio, comisionado del gobierno para la restauracion de aquel reino y electo comandante general por los patriotas gallegos.

Esta importantísima obra es una reproduccion de la impresa en Cádiz en 1811, y ha sido aumentada con un prólogo, notas y documentos, por el erudito escritor D. Andrés Martinez Salazar.

El otro libro á que nos referimos, es una curiosísima coleccion de apuntes y documentos sobre *El cerco de la Coruña en* **1589** *y Mayor Fernandez Pila*, reunida con gran acierto por D. Andrés Martinez Salazar.

Ambas obras han llamado justamente la atencion de los hombres de letras.

Profilaxis de la tiña.—Cartilla premiada por la Sociedad Española de Higiene en el concurso de 1890, escrita por el doctor D. Jesús Sarabia Pardo.—Madrid, 1891.

Reconocido el mérito de esta Cartilla por la ilustrada sociedad que ha concedido al autor uno de sus premios, hácese innecesaria toda recomendacion encomiástica.

2009 Ministerio de Cultura